



EL HOMBRE QUE REPTABA

Sir Arthur Conan Doyle



El hombre que reptaba

Marzo de 1923

Sir Arthur Conan Doyle



Sherlock-Holmes.es

El Sr. Sherlock Holmes siempre fue de la opinión de que debería publicar los singulares hechos conectados con el profesor Presbury aunque fuera para disipar, de una vez por todas, los desagradables rumores que hace veinte años agitaron la universidad y que se hicieron eco en las cultas sociedades londinenses. Hubo, sin embargo, ciertos obstáculos en el camino, y la verdadera historia de este curioso caso permanece sepultada en la caja de lata que contiene tantos registros de las aventuras de mi amigo. Ahora hemos obtenido al fin el permiso para ventilar los hechos que formaron uno de los últimos casos manejados por Holmes antes de su retiro de la práctica. Incluso ahora una cierta reticencia y discreción tiene que ser observada situando al asunto antes que al público.

Fue una tarde a primera hora de un domingo de septiembre del año 1903 que recibí uno de los lacónicos mensajes de Holmes:

Venga inmediatamente si le es posible... si le es imposible venga de cualquier manera. S. H.

Las relaciones entre nosotros en esos últimos días eran peculiares. Era un hombre de hábitos, limitados y concentrados hábitos, y yo me volví uno de ellos. Como una institución me gustaba el violín, el tabaco desgastado, la vieja pipa negra, los catálogos, y otros quizás menos perdonables. Cuando era un caso de trabajo activo y un camarada estaba necesitado sobre quien los ánimos podían situar alguna confianza, mi rol era obvio. Pero aparte de esto tenía mis aplicaciones. Era una piedra de afilar para su mente. Lo estimulaba. Le gustaba pensar en voz alta en mi presencia. Sus comentarios podían duramente decirse hechos hacia mí... muchos de ellos podían haber sido apropiadamente dirigidos a su cama... pero con todo, teniendo formado el hábito, se volvía de cierta manera útil que le registrara e interrumpiera. Si lo irritaba por una cierta lentitud metódica en mi mentalidad, esa irritación le servía solamente para hacer sus propias intuiciones e impresiones más vividamente y rápidamente. Tal era mi humilde rol en nuestra alianza.

Cuando arribé a Baker Street lo encontré agazapado en su sillón con las rodillas flexionadas, su pipa en la boca y su ceja arrugada en pensamientos. Era claro que estaba en la angustia de algún fastidioso problema. Con una agitación de su mano me indicó mi viejo sillón, pero de otra manera durante media hora no dio señal de que estuviera percatado de mi presencia. Entonces con un susto pareció venir de su ensueño, y con su usual sonrisa caprichosa me dio la bienvenida a lo que una vez fue mi casa.

—Me disculparé una cierta abstracción mental, mi querido Watson —dijo—. Algunos curiosos hechos me han sometido durante las últimas veinticuatro horas, y ellas a su vez han creado algunas especulaciones de un carácter más general. Tengo serios propósitos de escribir una pequeña monografía sobre los usos de canes en el trabajo de los detectives.

—Pero seguramente, Holmes, esto ya ha sido explorado —dije—. Sabuesos... Perros de caza...

—No, no, Watson, ese lado del asunto es, por supuesto, obvio. Pero hay otro el cual es por mucho más sutil. Puede recordar que en un caso en el cual, en su forma sensacionalista, lo asoció con Copper Beeches, estuve capacitado, por mirar la mente del niño, de formar una deducción en lo que se refiere a los hábitos criminales del muy presumido y respetable padre.

—Sí, lo recuerdo muy bien.

—Mi línea de pensamientos sobre los canes es análoga. Un can refleja la vida familiar. ¿Quién ha visto un retozado can en una melancólica familia, o un triste can en una feliz? Gente rabiosa tiene canes rabiosos, gente peligrosa tiene peligrosos. Y sus ánimos pasajeros pueden reflejar los ánimos pasajeros de otros.

Sacudí mi cabeza.

—Seguramente, Holmes, esto es un poco descabellado —dije.

Había rellenado su pipa y volvió a tomar su asiento, sin tomar nota de mi comentario.

—La aplicación práctica de lo que he dicho esta muy relacionada con el problema que estoy investigando. Es un ovillo enmarañado, usted lo entiende. Y estoy buscando un cabo suelto. Un posible cabo suelto que yace en la cuestión: ¿Porqué Roy, el perro lobo del profesor Presbury, se empeña en morderlo?

Me volví a sumir en mi silla con cierto disgusto. ¿Era por una pregunta tan trivial como esta que había sido citado desde mi trabajo? Holmes recorrió con la mirada a través mío.

—¡El mismo viejo Watson! —dijo—. Nunca aprende que los asuntos más graves pueden

depender sobre las cosas más pequeñas. Pero no es a simple vista que un filósofo formal y entrado en años... ¿Ha oído de Presbury, por supuesto, el famoso fisiólogo de Camford...? ¿Es tal un hombre, quien su amigo ha sido su consagrado perro lobo, ahora haya sido atacado dos veces por su propio can? ¿Qué piensa de ello?

—El can está enfermo.

—Bueno, eso tiene que ser considerado. Pero no ataca a nadie más, ni molesta aparentemente a su dueño, excepto en ocasiones muy especiales. Curioso, Watson... muy curioso. Pero el joven Sr. Bennett está antes de tiempo si ese es su llamado. Había esperado tener una larga charla con usted antes de que llegara.



Hubo unos rápidos pasos en la escalera, un golpeteo sostenido en la puerta y un momento después el nuevo cliente se presentó a sí mismo. Era un alto y gallardo joven cercano a los treinta, bien vestido y elegante, pero con algo en su porte que sugería la timidez del estudiante más bien que la seguridad del hombre de mundo. Sacudió las manos con Holmes, y entonces me miró con cierta sorpresa.

—Este asunto es muy delicado, Sr. Holmes —dijo—. Considere la relación en la que estoy con el profesor Presbury públicamente y privadamente. Realmente puedo a duras penas justificarme si hablo ante cualquier tercera persona.

—No tenga miedo, Sr. Bennett. El Dr. Watson es el alma de la discreción, y puedo asegurarle que este es un asunto en el cual es muy probable que necesite un asistente.

—Como quiera, Sr. Holmes. Usted, estoy seguro, entenderá que tenga mis reservas en el asunto.

—Lo apreciará, Watson, cuando le diga que este caballero, el Sr. Trevor Bennett, es el asistente profesional del gran científico, vive bajo su techo, y está comprometido con su única hija. Ciertamente debemos estar de acuerdo que el profesor ha clamado por sobre todo por su lealtad y dedicación. Pero puede ser enseñado tomando los pasos necesarios para aclarar este extraño misterio.

—Eso espero, Sr. Holmes. Ese es mi único objetivo. ¿Conoce el Dr. Watson la situación?

—No he tenido tiempo de explicarle.

—Entonces quizás sería preferible que me vaya por tierra de nuevo antes de explicar algunos nuevos desarrollos.

—Lo haré por mí mismo —dijo Holmes— a fin de mostrar que tengo los eventos en su correcto orden. El profesor, Watson, es un hombre de reputación europea. Su vida ha sido académica. Nunca ha habido un respiro de escándalo. El es viudo con una hija, Edith. Es, deduzco, un hombre de mucha virilidad y positivismo, uno poderoso y digamos combativo de carácter. Así que el asunto se mantuvo hasta hace unos pocos meses.

»Entonces la corriente de su vida se rompió. Tiene sesenta y un años de edad, pero se comprometió con la hija del profesor Morphy, su colega en la silla de anatomía comparativa. No era, como lo entiendo, el cortejo razonable de un hombre envejecido pero sin embargo el apasionado frenesí de la juventud, porque ninguno puede mostrarlo como el más dedicado amante. La señorita, Alice Morphy, era una muchacha muy perfecta en mente y cuerpo, así que esa era toda la excusa para el enamoramiento del profesor. Nada menos, no la citó con la total aprobación de su propia familia.

—Pensamos que es más bien excesivo —dijo nuestro visitante.

—Exactamente. Excesivo y un poco violento y antinatural. El profesor Presbury era rico, de todos modos, y no había objeción sobre la parte del padre. La hija, sin embargo, tenía otros criterios, y había varios candidatos para su mano, quienes, si fueran menos elegibles desde un mundano punto de vista, eran por lo menos mayores de edad. La muchacha parecía gustarle el profesor en el espíritu de su excentricidad. Era solamente la edad lo que permanecía entre medio.

Durante este tiempo un pequeño misterio repentinamente nubló la normal rutina de la vida del profesor. Hizo lo que nunca había hecho antes. Dejó su casa y no dio indicaciones acerca de a dónde

iba. Se alejó por una quincena y regresó pareciendo más bien fatigado por el viaje. No hizo alusión a dónde había estado a pesar de que era usualmente el más sincero de los hombres. Ocurrió, sin embargo, que nuestro cliente aquí presente, el Sr. Bennett, recibió una carta de un compañero de estudios en Praga, quien dijo que estaba contento de haber visto al profesor Presbury allí, pese a que no fue capaz de hablarle. Solamente de esta forma su propio grupo familiar se enteró de donde había estado.

»Ahora viene el punto. Desde este tiempo en adelante un curioso cambió sobrevino al profesor. Se volvió furtivo y astuto. Aquellos a su alrededor tenían siempre el sentimiento de que no era el hombre que ellos habían conocido, pero que estaba bajo alguna sombra la cual había oscurecido sus más altas cualidades. Su intelecto no fue afectado. Sus conferencias eran tan brillantes como siempre. Pero siempre había algo nuevo, algo siniestro e inesperado. Su hija, quien estaba dedicada a él, trató una y otra vez de reanudar las viejas relaciones y penetrar esta máscara que su padre parecía ponerse. Usted, señor, como lo entiendo, hizo lo mismo... pero todo fue en vano. Y ahora, Sr. Bennett, cuente con sus propias palabras el incidente de las cartas.

—Deberá entender, Dr. Watson, que el profesor no tenía secretos conmigo. Si fuera su hijo o su hermano menor no podría disfrutar completamente sus confidencias. Como su secretario manejé todo papel que le llegara, y abrí y subdividí sus cartas. Poco tiempo después de su regreso todo esto cambió. Me dijo que ciertas cartas podrían llegarle desde Londres y podrían estar marcadas con una cruz bajo la estampilla. Estas debían ser apartadas para ser vistas por sus propios ojos. Debo decir que varias de estas pasaron a través de mis manos, y que ellas tenían la marca, y escritas con la escritura de un analfabeto. Si les respondió todas las respuestas no pasaron por mis manos ni dentro de la canasta para cartas en la que nuestra correspondencia es recolectada.

—Y la caja —dijo Holmes.

—Ah, sí, la caja. El profesor volvió con una pequeña caja de madera de sus viajes. Era la única cosa que sugería un paseo continental, porque era una de esas pintorescas y esculpidas cosas que uno asociaría con Alemania. Esto lo puso en su armario de instrumentos. Un día, buscando por una cánula, tomó la caja. Para mi sorpresa estaba muy enfadado y me reprobó en palabras que serían considerablemente salvajes para mi curiosidad. Era la primera vez que tal cosa había sucedido, y estaba profundamente herido. Me esforcé en explicar que era un mero accidente que haya tocado la caja, pero toda la tarde fui consciente que me miraba cruelmente y que el incidente lo exasperaba mentalmente —el Sr. Bennett sacó una pequeña agenda de su bolsillo—. Fue el 2 de Julio —dijo.

—Es ciertamente un admirable testigo —dijo Holmes—. Puedo necesitar alguno de esos datos que ha anotado.

—Aprendí el método entre otras cosas de mi gran maestro. Desde el momento en que observé las anomalías en su comportamiento sentí que era mi deber estudiar su caso. De esa manera sé que en ese mismo día, el 2 de Julio, Roy atacó al profesor cuando venía de su estudio al salón. De nuevo, el 11 de Julio, hubo una escena del mismo tipo, y entonces tomé nota de otro el 20 de Julio. Luego de eso tuvimos que desterrar a Roy a los establos. Era un querido y afectuoso animal... pero temo que lo estoy aburriendo.

El Sr. Bennett habló en un tono de reproche, porque fue muy claro que Holmes no estaba escuchando. Su cara estaba rígida y sus ojos brillaron abstraídamente en el techo. Con un esfuerzo se recuperó.

—¡Singular! ¡Lo más singular! —murmuró—. Esos detalles me son nuevos, Sr. Bennett. Pienso que hemos llegado lejos sobre la vieja base, ¿no es cierto? Pero usted habla de nuevos desarrollos.

La agradable y accesible cara de nuestro visitante se nubló, ensombrecida por algún grotesco recuerdo.

—Lo que diré ocurrió antes de la última noche —dijo—. Estaba despierto acostado sobre las dos de la mañana, cuando me percaté de un sonido monótono y amortiguado viniendo desde el vestíbulo. Abrí mi puerta y me asomé. Debo explicar que el profesor duerme al final del vestíbulo...

—¿Cuándo fue la fecha? —preguntó Holmes.

Nuestro visitante estaba claramente anonadado de una interrupción tan irrelevante.

—He dicho, señor, que fue la noche anterior a la última... eso es, el 4 de Septiembre.

Holmes cabeceó y sonrió.

—Por favor continúe —dijo.

—Dormía al final del vestíbulo y debía haber pasado por mi puerta a fin de alcanzar la escalera. Era una experiencia realmente atemorizante, Sr. Holmes. Pienso que soy de nervios de acero como mis vecinos, pero fui sacudido por lo que vi. El vestíbulo estaba oscuro excepto por una ventana a medio trayecto que arrojaba un remiendo de luz. Pude ver que algo estaba viniendo a lo largo del vestíbulo, algo oscuro y agazapado. Entonces repentinamente emergió dentro de la luz, y vi lo que



era. Estaba arrastrándose, Sr. Holmes... ¡Arrastrándose! No necesariamente con sus manos y rodillas. Debería mejor dicho decir con sus manos y pies, con su cara sumergida entre sus manos. Aún parecía moverse con facilidad. Estaba tan paralizado por el espectáculo que no fue hasta que alcancé mi puerta que estuve capacitado para retroceder y preguntarle si podía asistirlo. Su respuesta fue extraordinaria. Brotó, lanzándome palabras atroces hacia mí, y se apresuró en pasarme, y bajó las escaleras. Esperé cerca de una hora, pero no regresó. Debió haber sido con la luz del día antes de que recobrase su habitación.

—¿Bien, Watson, que opina de ello? —preguntó Holmes con el aire del patólogo quien presenta un raro espécimen.

—Lumbago, posiblemente. He conocido que un ataque severo puede hacer que un hombre camine de tal manera, y nada sería mayor tratándose del temperamento.

—¡Bien, Watson! Siempre mantiene los pies planos sobre el piso. Pero duramente podemos aceptar el lumbago, desde que estaba apto para permanecer erecto en un momento.

—Nunca ha estado mejor de salud —dijo Bennett—. De hecho, es más fuerte de lo que he conocido por años. Pero esos son los hechos, Sr. Holmes. No es un caso donde podamos consultar con la policía, y con todo no sabemos que más hacer en cuanto a lo que tenemos que hacer, y sentimos de alguna extraña manera que estamos caminando sin rumbo hacia el desastre. Edith... la Señorita Presbury... así lo siente, que no podemos esperar pasivamente por mucho tiempo.

—Es ciertamente un curioso y sugestivo caso. ¿Usted que piensa, Watson?

—Hablando como un médico —dije—, parecer ser un caso para un alienista. Los procesos cerebrales del viejo caballero estaban distorsionados por la aventura romántica. Hizo un viaje al extranjero con la esperanza de transgredirse de la pasión. Sus cartas y la caja pueden estar conectadas con alguna otra transacción privada... un préstamo, quizás, o certificados de acciones, los cuales estaban en la caja.

—Y el perro lobo sin duda desaprobó el negocio financiero. No, no, Watson, hay más en esto que ello. Ahora, sólo puedo sugerir...

Lo que Sherlock Holmes estaba a punto de sugerir nunca será conocido, porque en este momento la puerta se abrió y una joven señorita se presentó en la habitación. Cuando ella apareció el Sr. Bennett saltó con una exclamación y corrió directo con sus manos abiertas a encontrarse con aquellas que ella extendía.

—¡Edith, querida! ¿Nada del asunto, espero?

—Sentí que debía seguirte. ¡Oh, Jack, he estado tan terriblemente asustada! Es horrible estar allí sola.

—Sr. Holmes, esta es la joven señorita de la que le hablé. Ella es mi prometida.

—¿Estamos gradualmente llegando a esa conclusión, no es cierto, Watson? —Holmes respondió con una sonrisa—. La entienda, señorita Presbury, ¿hay algún nuevo desarrollo en el caso, y que usted piense que debería conocer?

Nuestro nuevo visitante, una brillante y elegante muchacha de un tipo inglés convencional, sonrió a Holmes cuando se sentó al lado del Sr. Bennett.

—Cuando encontré que el Sr. Bennett había dejado su hotel pensé que probablemente lo encontraría aquí. Por supuesto, me ha contado que quería consultarlo. ¿Pero, oh, Sr. Holmes, puede hacer algo por mi pobre padre?

—Tengo esperanzas, señorita Presbury, pero el caso aún es oscuro. Quizás lo que haya venido a decir pueda tirar algo de luz sobre él.

—Fue la noche anterior, Sr. Holmes. Había estado muy extraño todo el día. Estoy seguro que hubo veces cuando no tenía conocimiento de lo que hacía. Vive como en un extraño sueño. Ayer fue tal día. No era con mi padre con quien vivía. Su caparazón externa allí estaba, pero no era realmente él.

—Cuénteme lo que sucedió.

—Estaba asustada por la noche porque el can ladraba furiosamente. Pobre Roy, él está encadenado ahora, cerca del establo. Debo decir que siempre dormí con mi puerta cerrada; porque, como Jack... como el Sr. Bennett... le dirá, todos tenemos un sentimiento de peligro inminente. Mi habitación está en el segundo piso. Sucedió que la persiana estaba abierta en mi ventana, y había afuera el brillo de luz de la luna. Como yacía con mis ojos clavados sobre el cuadrado de luz, escuchando a los frenéticos ladridos del can, estaba asombrada de ver la cara de mi padre mirándome. Sr. Holmes, muy cerca morí de sorpresa y horror. Estaba presionado contra el cristal de la ventana, y una mano pareció elevarse como si empujara la ventana. Si esa ventana se hubiera abierto, pienso que me hubiera vuelto loca. No fue una falsa ilusión, Sr. Holmes. No se engañe pensando en eso. Me atrevo a decir que fueron veinte segundos o algo así que me paralicé y observé su cara. Entonces desapareció, pero no pude... no pude saltar de la cama y mirar hacia afuera después de ello. Yací fría y temblando hasta la mañana. En el desayuno estaba incisivo y feroz en su conducta, y no hizo alusión a la aventura de la noche. Ninguno lo hizo, pero le di una excusa para venir a la ciudad... y aquí estoy.



Holmes observó cuidadosamente sorprendido a la narrativa de la señorita Presbury.

—Mi estimada señorita, dice que su habitación está en el segundo piso. ¿Hay alguna escalera larga en el jardín?

—No, Sr. Holmes, esa es la parte asombrosa. No hay una manera posible de alcanzar la ventana... y con todo ahí estaba.

—Y la fecha fue el 5 de Septiembre —dijo Holmes—. Eso ciertamente complica el asunto.

Fue el cambio que produjo una mirada de sorpresa en la señorita.

—Esta es la segunda vez que hace alusión a la fecha, Sr. Holmes —dijo Bennett—. ¿Es posible que tenga alguna relación sobre el caso?

—Es posible... muy posible... y aún no tengo el completo objetivo al presente.

—¿Posiblemente está pensando de la conexión entre el delirio y las fases de la luna?

—No, se lo aseguro. Era una diferente línea de pensamiento. Posiblemente pueda dejar su agenda conmigo, y chequearé las fechas. Ahora que lo pienso, Watson, nuestra línea de acción está perfectamente clara. Esta señorita nos ha informado... y tengo la más grande confianza en su intuición... que su padre recuerda poco o nada de los que ocurrió sobre ciertas fechas. Nosotros en consecuencia lo llamaremos como si nos hubiera dado una cita sobre tal fecha. Se pondrá bajo su propia falta de memoria. De esa manera abriremos nuestra campaña teniendo una buena vista cercana de él.

—Eso es excelente —dijo el Sr. Bennett—. Le advierto, sin embargo, que el profesor es irascible y violento en ocasiones —Holmes sonrió.

—Son razones por las que debemos presentarnos inmediatamente... muy convincentes razones si mis teorías son correctas. Mañana, Sr. Bennett, ciertamente nos verá en Camford. Hay, si recuerdo bien, una posada llamada 'Las Damas' donde el oporto acostumbra a estar por encima de la mediocridad y las sábanas por encima del reproche. Pienso, Watson, que nuestra suerte por los próximos días pueda yacer en lugares menos agradables.

El Lunes por la mañana nos encontró en camino a la famosa ciudad universitaria... un fácil

esfuerzo por parte de Holmes, quien no tenía raíces para desprenderse, pero uno que envolvía frenéticas y apuradas planificaciones por mi parte, ya que mi profesión era por este tiempo nada insignificante. Holmes no hizo alusión al caso hasta después de que hubiéramos depositado nuestras maletas en el antiguo hostel del cual había hablado.

—Creo, Watson, que debemos atrapar al profesor antes del almuerzo. Da conferencias a las once y debería tener un intervalo en su casa.

—¿Qué posibles excusas tenemos para llamarlo?

Holmes lanzó una mirada a su agenda.

—Hubo un período de excitación sobre el 26 de Agosto. Asumiremos que es un poco nebuloso respecto a lo que hace en tales momentos. Si insistimos que estábamos allí por una cita pienso que duramente se aventurará a contradecirnos. ¿Tiene la osadía necesaria para hacerlo hasta el final?

—Podemos probar.

—¡Excelente, Watson! La mezcla de Busy Bee y Excelsior. 'Podemos probar'... el slogan de la firma. Un nativo amigable seguramente nos guiará.

Sobre la parte trasera de un cabriolé pasamos rápidamente una fila de antiguos colegios y, finalmente adentrándonos dentro de un sendero de árboles alineados, paramos frente a la puerta de una encantadora casa, circundada con césped y cubierta con glicina púrpura. El profesor Presbury estaba ciertamente rodeado con todo signo no sólo de bienestar sino de lujuria. Incluso cuando lo paramos, una encanecida cabeza apareció en la ventana frontal, y estábamos conscientes de un par de vivaces ojos bajo unas cejas peludas las cuales nos examinaban a través de grandes anteojos. Un momento después estábamos realmente en su santuario, y el misterioso científico, quien sus caprichos nos habían traído desde Londres, permanecía frente a nosotros. No había ciertamente señales de excentricidad ni en sus maneras ni en su apariencia, porque era un hombre corpulento y de grandes rasgos, serio, alto, y cubierto con el hábito, con la dignidad de comportarse como un conferenciante necesita. Sus ojos eran su más remarcable característica, vivaces, observadores, e ingenioso al borde de lo astuto.

Observó nuestras tarjetas.

—Por favor siéntense, caballeros. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

El Sr. Holmes sonrió cordialmente.

—Fue la pregunta que estaba a punto de hacerle, profesor.

—¡A mí, señor!

—Posiblemente debe algún error. He oído a través de una segunda persona que el profesor Presbury de Camford había necesitado de mis servicios.

—¡Oh, efectivamente! —me pareció que hubo un malicioso destello en sus intensos ojos grises— ¿Lo ha oído, es cierto? ¿Puedo preguntar el nombre de su informante?

—Lo siento, profesor, pero el asunto es más bien confidencial. Si he cometido un error no ha pasado nada. Sólo puedo expresar mi pésame.

—De ningún modo. Debería ir más lejos en este asunto. Me interesa. ¿Tiene algún retazo de escritura, alguna carta o telegrama, para sostener su manifestación?

—No, no lo tengo.

—¿Presumo que no ha ido tan lejos como para manifestar que lo he citado?

—Preferiría más bien respuestas, no preguntas —dijo Holmes.

—No, me atrevo a decir que no —dijo el profesor con aspereza—. Sin embargo, esta en particular puede ser respondida con facilidad sin su ayuda.

Caminó a través de la habitación hacia la campana. Nuestro amigo de Londres el Sr. Bennett, respondió el llamado.

—Pase, Sr. Bennett. Estos dos caballeros han venido desde Londres con la impresión de que han sido citados. Usted maneja toda mi correspondencia. ¿Tiene alguna nota de cualquier hecho dirigida a una persona llamada Holmes?

—No, señor —respondió Bennett con una sonrisa.

—Esto es concluyente —dijo el profesor, cegando airadamente a mi compañía—. Ahora, señor... —se reclinó hacia delante con sus dos manos sobre la mesa—... me parece que su posición es cuestionable.

Holmes se encogió de hombros.

—Solamente puedo repetir que lamento que hayamos hecho una intrusión innecesaria.

—¡Es suficiente, Sr. Holmes! —gritó el anciano con una voz muy estridente, con extraordinaria malevolencia sobre su cara. Se puso entre nosotros y la puerta cuando habló, y sacudió sus dos manos hacia nosotros con furia pasional—. Puede salir a duras penas tan fácilmente como eso —su cara estaba convulsa, y sonreía y farfullaba hacia nosotros en su insensata furia. Estoy convencido que hubiéramos debido pelear para poder salir de la habitación si el Sr. Bennett no hubiera intervenido.



—¡Mi estimado profesor —gritó— considere su posición! ¡Considere el escándalo en la universidad! El Sr. Holmes es un hombre muy conocido. No puede posiblemente tratarlo así con tal descortesía.

Malhumoradamente nuestro anfitrión... si puedo llamarlo así... despejó el camino hacia la puerta. Estábamos contentos de encontrarnos fuera de la casa y en el calmo sendero de árboles alineados. Holmes pareció enormemente entretenido por el episodio.

—Los nervios de nuestro ilustrado amigo están un tanto fuera de servicio —dijo—. Quizás nuestra intrusión fue un poco cruda, y con todo hemos ganado el contacto personal que quería. Pero, mi estimado, Watson, él está seguramente a nuestros talones. El villano aún nos persigue.

Hubo un sonido de pies corriendo detrás, pero no fue, para mi alivio, el formidable profesor sino su asistente quien apareció doblando la curva del camino. Vino jadeando hacia nosotros.

—Lo siento mucho, Sr. Holmes. Deseaba disculparme.

—Mi estimado señor, eso no es necesario. Es todo en el camino de la experiencia profesional.

—Nunca lo había visto de tan peligroso ánimo. Pero se puso más y más siniestro. Puede ahora entender porque su hija y yo estamos alarmados. Y por sobre todo su mente está perfectamente clara.

—¡Demasiado clara! —dijo Holmes—. Esa fue mi equivocación. Es evidente que su memoria es mucho más confiable de lo que había pensado. ¿Por cierto, podemos, antes de irnos, ver la ventana de la habitación de la señorita Presbury?

El Sr. Bennett se abrió camino a través de algunos arbustos, y tuvimos una vista del lado de la casa.

—Es esa. La segunda a la izquierda.

—Mi estimado, parece difícilmente accesible. Y aún con todo esto observará que hay una hiedra debajo y un caño de agua encima que podrían dar algún punto de apoyo.

—No podría trepar por mí mismo —dijo el Sr. Bennett.

—Muy probablemente. Sería ciertamente una hazaña peligrosa para cualquier hombre normal.

—Hay otra cosa que quería decirle, Sr. Holmes. Tengo la dirección del hombre en Londres a quien el profesor le escribe. Parece que ha sido escrita esta mañana, y lo tengo de su papel secante. Es una innoble posición para un secretario de confianza, ¿pero que más podía hacer?

Holmes observó al papel y lo puso en su bolsillo.

—Dorak... un nombre curioso. Esloveno, imagino. Bien, es un importante enlace en la cadena. Regresamos a Londres esta tarde, Sr. Bennett. No veo algún buen propósito que sirva para nuestra permanencia. No podemos arrestar al profesor porque no ha realizado ningún crimen, ni podemos

situarlo bajo restricciones, porque no ha probado ser un loco. Ninguna acción es hasta ahora posible.

—¿Entonces que sobre la tierra vamos a hacer?

—Un poco de paciencia, Sr. Bennett. Los hechos se desarrollarán muy pronto. A menos que esté equivocado, el próximo Martes pueda señalar una crisis. Ciertamente deberíamos estar en Camford ese día. Mientras tanto, la posición general es indiscutiblemente desagradable, y si la señorita Presbuiy puede prologar su visita...

—Eso es fácil.

—Entonces permita que permanezca hasta que le aseguremos que todo el peligro es pasado. Mientras tanto, déjele hacer su camino y no lo cruce. Tanto como esté de buen humor todo estará bien.

—¡Ahí está! —dijo Bennett en un sobresaltado susurro. Mirando entre los arbustos vimos la alta y erecta figura emerger desde la puerta del vestíbulo y mirar alrededor. Permaneció reclinado hacia delante, sus manos se mecían en línea recta ante él, su cabeza giraba de lado a lado. El secretario con un último gesto se deslizó entre los árboles, y lo vimos reunirse gratamente con su empleador, los dos entraron juntos en la casa en lo que pareció ser una conversación animada e incluso excitante.

—Espero que el viejo caballero no haya estado atando cabos —dijo Holmes cuando nos alejábamos del hotel—. Me confundió teniendo un cerebro particularmente limpio y lógico por lo poco que vi. Explosivo, sin duda, pero entonces desde su punto de vista tenía algo para desarrollar sobre si los detectives fueron puestos en su camino y sospecha de su grupo familiar de hacerlo. Sin embargo imagino que su amigo Bennett estará por un tiempo incómodo.

Holmes se detuvo en una oficina postal y envió un telegrama durante nuestro rumbo. La respuesta nos llegó en la tarde, y la agitó de un lado al otro.

He visitado la ruta comercial y he visto a Dorak. Persona afable, bohemia, anciana. Mantiene un gran almacén general. MERCER.

—Mercer es mi hombre de utilidad general y quien busca negocios de rutina. Es importante conocer algo del hombre con quien nuestro profesor estaba correspondiéndose tan secretamente. Su nacionalidad lo conecta con la visita a Praga.

—Gracias a Dios que algo se conecta con algo —dije—. Actualmente parece que nos estamos enfrentando con una larga serie de incidentes inexplicables sin ninguna relación con cada otra. Por ejemplo, ¿Qué posible conexión puede haber entre un perro lobo furioso y una visita a Bohemia, o ambos con un hombre arrastrándose por un vestíbulo en la noche? Respecto a las fechas, ese es el más grande desconcierto de todos.

Holmes sonrió y frotó sus manos. Estábamos, debo decir, sentados en la vieja sala de estar del antiguo hotel, con una botella de la famosa cosecha de la cual Holmes había hablado sobre la mesa, entre nosotros.

—Bien, ahora, tomemos las fechas primero —dijo, con sus puntas del dedo juntas y su modo como si estuviera dirigiendo una clase—. Este excelente diario del joven nos muestra que hubo un problema el 2 de Julio, y desde entonces en adelante pareció tener un intervalo de nueve días, con, tanto como recuerdo, sólo una excepción. De esta manera el último arranque un Viernes fue el 3 de Septiembre, el cual también cae en la serie, como lo hizo el 26 de Agosto, el cual lo precedía. El hecho está más allá de la coincidencia.

Estuve forzado a concordar.

—Déjeme, entonces, formar una teoría provisional que cada nueve días el profesor toma alguna fuerte droga que tiene un efecto pasajero pero altamente venenoso. Desde luego su naturaleza violencia es intensificada por ella. Aprendió a tomar esta droga mientras estuvo en Praga, y ahora es proporcionada por un intermediario bohemio en Londres. ¡Todo esto es lógico, Watson!

—¿Pero el can, la cara en la ventana, el hombre arrastrándose en el vestíbulo?

—Bien, bien, hemos hecho un comienzo. No debería esperar cualquier nuevo desarrollo hasta el próximo Martes. Entretanto solamente podemos mantenernos en contacto con nuestro amigo Bennett y disfrutar la buena cortesía de esta cautivante ciudad.

En la mañana el Sr. Bennett se deslizó a su alrededor para traernos los últimos reportes. Como

Holmes lo había imaginado, el tiempo no había sido fácil con él. Sin acusarlo exactamente a él de ser el responsable de nuestra presencia, el profesor había sido muy agreste y rudo en su habla, y evidentemente sentía algún fuerte motivo de protesta. Esa mañana estaba calmo nuevamente, sin embargo, y había entregado su usual brillante lectura a una clase muy concurrida.

—Exceptuando sus extraños arrebatos —dijo Bennett— está en realidad más enérgico y vital de lo que puedo recordar, ni su cerebro estuvo tan claro alguna vez. Pero no es él... es el hombre que nunca he conocido.

—No creo que tenga algo ahora para temer por lo menos durante una semana —respondió Holmes—. Soy un hombre ocupado, y el Dr. Watson tiene sus pacientes para atender. Acordemos que nos encontraremos aquí a esta hora el próximo Martes, y estaré sorprendido si antes de que lo dejemos nuevamente no estemos calificados para explicar, incluso si quizás no podemos ponerle un final, a sus problemas. Mientras tanto, manténganos al corriente de lo que ocurra.

No vi a mi amigo durante los pocos días siguientes, pero el Lunes siguiente a la tarde recibí una corta nota preguntándome si lo encontraría al día siguiente en el tren. Desde que me contó que viajaríamos a Camford todo estuvo bien, la paz de la casa del profesor había estado calmada, y su propia conducta perfectamente normal. Este es también el reporte que nos fue dado por el Sr. Bennett cuando nos llamó esa tarde a nuestro viejo cuarto en 'Las Damas'

—Escuchó hoy de su corresponsal en Londres. Hubo una carta y había un pequeño paquete, cada uno con la cruz bajo la estampilla la cual me advertía que no la tocara. No ha habido nada más.

—Eso puede probar muy poco —dijo Holmes desagradablemente—. Ahora, Sr. Bennett, debemos, pienso, llegar a alguna conclusión esta noche. Si mis deducciones son correctas deberemos tener una oportunidad de traer la cabeza al asunto. A fin de hacerlo es necesario mantener al profesor bajo observación. Sugiero, en consecuencia, que permanezca despierto y de guardia. Si lo escucha pasar por su puerta, no lo interrumpa, pero sígalo discretamente como pueda. El Dr. Watson y yo no estaremos muy lejos. ¿A propósito, dónde está la llave de esa pequeña caja de la que habló?

—Sobre su malla de reloj

—Imagino que nuestras investigaciones irán en esa dirección. En el peor de los casos la cerradura no será muy imponente. ¿Tiene algún otro robusto hombre en el servicio?

—Está el cochero, Macphail.

—¿Dónde duerme?

—Sobre los establos.

—Posiblemente lo querramos. Bien, no podemos hacer nada más hasta que veamos como se desarrollan los hechos. Adiós... pero espero que nos veamos antes del amanecer.

Fue cerca de la medianoche antes de que tomáramos nuestros puesto entre algunos arbustos inmediatamente opuestos al corredor de la puerta del profesor. Era una noche aceptable, pero fría, y estábamos contentos de nuestros cálidos abrigos. Hubo una ráfaga, y las nubes se deslizaban a través del cielo, oscureciendo de tanto en tanto la media luna. Hubiera sido una vigilia deprimente si no fuera por la expectativa y la excitación que nos transportaba a lo largo, y la seguridad de mi camarada que tenía probablemente cumplido el final de esta extraña secuencia de eventos que había enlazado nuestra atención.

—Si el ciclo de nueve días se mantiene entonces tendremos al profesor en su peor estado esta noche —dijo Holmes—. El hecho de que estos extraños síntomas empezaran luego de su visita a Praga, que está en correspondencia secreta con un comerciante bohemio en Londres, quien presumiblemente representa a alguien en Praga, y que recibió un paquete de él este mismo día, todo apunta a una dirección. Lo que ingiere y porque lo ingiere aún está más allá de nuestro alcance, pero que emana de alguna forma desde Praga es claramente suficiente. Lo ingiere bajo definitivas directivas que regulan este sistema de nueve días, que fue el primer punto que atrajo mi atención. Pero sus síntomas son lo más sobresaliente. ¿Ha observado sus nudillos?

Debí confesar que no lo había hecho.

—Gruesos y duros de una forma que es considerablemente nueva para mi experiencia. Siempre mire a las manos primero, Watson. Luego los puños, pantalones, rodillas y botas. Muy curiosos nudillos los cuales sólo pueden ser explicados por el modo de progresión observado por... —Holmes

se detuvo y repentinamente chocó sus manos contra su frente—. ¡Oh, Watson, Watson, que tonto he sido! Parece increíble, y aún con todo debe ser verdad. Todo apunta en una dirección. ¿Cómo pude perderme viendo la conexión de las ideas? ¿Esos nudillos, cómo pude pasar por alto esos nudillos? ¡Y el can! ¡Y la hiedra! Es seguramente el tiempo que desaparecí dentro de esa pequeña granja de mis sueños. ¡Preste atención, Watson! ¡Aquí está! Tendremos la oportunidad de verlo por nuestra propia cuenta.

La puerta del vestíbulo se abrió lentamente y contra el fondo luminoso vimos la alta figura del profesor Presbury. Estaba vestido con su bata de noche. Mientras permanecía delineado en la entrada estaba erecto pero inclinándose hacia delante con los brazos colgados, como cuando lo vimos la última vez.

Ahora se adelantó en el camino, y con un extraordinario cambio vino sobre nosotros. Se hundió en una posición agazapada y se movió a lo largo con sus manos y pies, saltando de vez en cuando como si estuviera desbordado de energía y vitalidad. Se movió a lo largo de la cara de la casa y luego giró en la esquina. Cuando desapareció Bennett se deslizó a través de la puerta del vestíbulo y lentamente lo siguió.

—¡Venga, Watson, venga! —exclamó Holmes, y nos deslizamos a hurtadillas tan suavemente como podíamos a través de los arbustos hasta que obtuvimos una ubicación desde donde podíamos ver el otro lado de la casa, la cual estaba bañada bajo la luz de la media luna. El profesor estaba claramente visible arrastrándose con el pie en la pared cubierta de hiedra. Mientras lo observábamos repentinamente comenzó con increíble agilidad a ascender. Desde rama en rama saltó, seguro de pie y firme de dominio, trepando aparentemente en un mero divertimento de sus propios poderes, con ningún objetivo definido en vista. Con su bata de noche agitándose de cada lado, observó algo como un gigante ladrillo terciado pegado contra un lado de su propia casa, un gran cuadrado oscuro ajustado sobre la pared iluminada por la luna. En breve se cansó de este pasatiempo, y, dejándose caer de rama en rama, se agazapó dentro de la vieja postura y se movió de frente hacia los establos, arrastrándose a lo largo en la misma extraña forma que antes. El perro lobo estaba afuera en ese instante, ladrando furiosamente, y más excitado que nunca cuando en realidad capta al vuelo a su dueño. Estaba haciendo un gran esfuerzo con sus cadenas y vibrando con ansias y rabia. El profesor se agazapó muy deliberadamente fuera del alcance del sabueso y empezó a provocarlo de todas las formas posibles. Tomó un puñado de guijarros del camino y se los arrojó en la cara del can, lo pico con una varilla que había levantado, golpeó con sus manos aproximadamente a sólo unas pulgadas de la boca abierta, y empeñándose de todas formas en incrementar la furia del animal, la cual ya estaba fuera de todo control. En todas nuestras aventuras no conozco que hubiera visto un espectáculo más extraño que esta apática y aún dignificada figura arrastrándose como un sapo sobre la tierra e incitando a una salvaje exhibición de pasión del sabueso enloquecido, el cual se alborotaba y se enfurecía en frente de él, por todas clases de ingeniosa y calculada crueldad.

¡Y entonces en un instante sucedió! No era la cadena que se rompió, sino todo el collar se deslizó, porque había sido realizado para un Terranova de cuello ancho. Oímos el ruido de metal cayéndose, y el siguiente instante el can y el hombre estaban



revolcándose juntos en la tierra, uno rugiendo de furia, el otro gritando en un extraño chillido falsete de terror. Era un hecho limitante para la vida del profesor. La salvaje criatura lo sostenía medianamente por la garganta, sus colmillos estaban hincados profundamente, y él ya estaba sin sentido antes de que pudiéramos alcanzarlos y jalarlos aparte a los dos. Pudo haber sido una peligrosa tarea para nosotros, pero la voz de Bennett y su presencia trajo al gran perro lobo instantáneamente a la razón. El alboroto había traído al adormecido y asombrado cochero de su habitación encima de los establos.

—No estoy sorprendido —dijo, sacudiendo su cabeza—. Lo he visto antes. Sabía que el can lo atraparía tarde o temprano.

El sabueso estaba asegurado, y juntos llevamos al profesor a su habitación, donde Bennett, quien tenía un título médico, me ayudó a arropar su desgarrada garganta. Los afilados dientes habían pasado peligrosamente cerca de la arteria carótida, y la hemorragia era seria. En media hora el peligro había pasado, le había dado al paciente una inyección de morfina, y se había

sumergido en un profundo sueño. Entonces, y solamente entonces, estuvimos calificados de mirarnos uno al otro y tomar noción de la situación.

—Pienso que un cirujano de primera clase debería verlo —dije.

—¡Por amor de Dios, no! —exclamó Benett—. Actualmente el escándalo está confinado a nuestro propio grupo familiar. Está seguro con nosotros. Si va más allá de estas paredes nunca se detendrá. Considere su posición en la universidad, su reputación europea, los sentimientos de su hija.

—Exactamente —dijo Holmes—, pienso que sería posible mantener el asunto, y también prevenir su recurrencia ahora que tenemos una mano libre. La llave de la malla del reloj, Sr. Bennett. Macphail custodiará al paciente y nos avisará si hay algún cambio. Veamos que podemos encontrar en la misteriosa caja del profesor.

No había mucho, pero había suficiente... un frasco vacío, otro cercanamente lleno, una jeringa hipodérmica, varias cartas de una mano extranjera y malhumorada. Las marcas en los sobres mostraron que eran aquellas que habían estorbado la rutina del secretario, y cada una estaba fechada desde la ruta comercial y firmada 'A. Dorak'. Había meras cuentas que decían que nuevas botellas están siendo enviadas al profesor Presbury, o acuse de recibo de dinero. Había otro sobre, sin embargo, en una mano más educada y portando la estampilla austríaca con el sello postal de Praga.

—¡Aquí está nuestro objetivo! —exclamó Holmes cuando sacó el documento adjunto.

HONORABLE COLEGA (decía):

Dada su estimada visita he pensado mucho de su caso, y aunque sus circunstancias son muy especiales razón por el trato, no sería nada menos ordenar precaución, como mis resultados han mostrado que no son sin peligro de algún tipo.

Es posible que el suero de antropoide haya sido mejor. He usado, como le expliqué, un langur negro porque el espécimen fue accesible. El langur es, por supuesto, un gateador y trepador, mientras que los antropoides caminan erectos y es allegado en todas formas.

Le ruego que tome todas las precauciones posibles ya que no hay revelaciones prematuras del proceso. Tengo otro cliente en Inglaterra, y Dorak es mi agente para ambos.

Pedidos semanales serán complacidos.

Suyo con la más alta estima,

H. LOWENSTEIN

¡Lowenstein! El nombre me trajo a la memoria algún recorte de periódico que hablaba de un oscuro científico que estaba esforzándose de una desconocida manera por el secreto del rejuvenecimiento y el elixir de la vida. ¡Lowenstein de Praga! Lowenstein con el admirable suero que da vitalidad, prohibido por la profesión porque rehusaba revelar su fuente. En pocas palabras dije lo que recordaba. Bennett tomó un manual de zoología de los estantes.

—'Langur' —leyó— el gran mono negro de las pendientes del Himalaya, el más grande y más humano de los monos trepadores. Muchos detalles son añadidos. Bien, gracias a usted, Sr. Holmes, es muy claro que hemos rastreado la maldad hasta su fuente.

—La verdadera fuente —dijo Holmes— yace, por supuesto, en que la aventura amorosa a destiempo le dio al impetuoso profesor la idea de que solamente podría conseguir su deseo volviéndose un hombre joven. Cuando uno trata de elevarse sobre la naturaleza se predispone a caer bajo ella. El más alto tipo de hombre puede revertir al animal si se aleja del camino recto de su destino —se sentó meditando por poco con su frasco en la mano, mirando al líquido transparente del interior—. Cuando le escribí a este hombre y le conté que lo sostenía criminalmente responsable por las pociones que circulaba, no tuvimos más problemas. Pero puede repetirse. Otros encontrarán una mejor manera. Hay peligro allí... un peligro muy real para la humanidad. Considere, Watson, que lo material, lo sensual, lo mundano podría alargar sus despreciables vidas. Lo espiritual no podría evitar la llamada a algo superior. Será la supervivencia del más apto. ¿En qué clase de sumidero puede llegar a convertirse nuestro pobre mundo? —repentinamente el soñador desapareció, y Holmes, el hombre de acción, saltó de su silla—. Creo que no hay nada más para decir, Sr. Bennett. Los incidentes varios encajan fácilmente dentro del esquema general. El can, por supuesto, fue consciente del cambio más rápidamente que usted. Su olfato se lo garantiza. Fue al mono, no al profesor, a quien Roy atacó, tal como fue el mono quien le tomó el pelo a Roy. Escalar era una diversión para la criatura, y fue una mera casualidad, lo acepto, que el pasatiempo lo llevara a la

ventana de la señorita. Hay un tren matinal a la ciudad, Watson, pero pienso que tendremos el tiempo justo para una taza de té en 'Las Damas' antes de que lo tomemos.